

## ALEXANDER VON HUMBOLDT COMO HISTORIÓGRAFO DE LATINOAMÉRICA.(1)

*Manfred Kossok †*

Nos hemos reunido en este pequeño círculo para honrar la obra de una gran personalidad.(2) Recordar a Alexander von Humboldt como historiador en general y como historiógrafo(3) de Latinoamérica en particular significa expresar, en primer lugar, un doble agradecimiento. Si actualmente es posible tener un conocimiento más amplio sobre la dimensión histórica del pensamiento de Humboldt hay que agradecerlo, sobre todo, a la importante investigación de nuevas fuentes, como las realizadas durante años bajo la dirección de Kurt R. Biermann en el marco del Centro de Investigaciones Alexander von Humboldt de la Academia de las Ciencias de Berlín. Especialmente el

---

<sup>1</sup>.- Mientras se estaba traduciendo el texto de este artículo, que Manfred Kossok había entregado recientemente a *Manuscrits*, nos sorprendió la triste noticia de su muerte. Con la publicación de su artículo, esta redacción desea homenajear no sólo la obra de este gran historiador, sino también la persona que había establecido tan buenos lazos de colaboración y amistad con nuestro Departamento. (*N.de la R.*)

<sup>2</sup>.- Ponencia introductoria con motivo del Coloquio Internacional: "Del siglo borbónico a la Independencia: Alexander von Humboldt y la nueva imagen histórica de Latinoamérica", celebrado en Leipzig, del 4 al 6 de diciembre de 1991; y organizado por la Universidad de Leipzig, el Centro de Estudios Ibéricos-Centro de Investigaciones Alexander von Humboldt y la Academia de las Ciencias de Berlín.

<sup>3</sup>.- Se ha optado por traducir *Geschichtsschreiber* por su equivalente castellano más literal, 'historiógrafo', para conservar la diferenciación que establece el autor con *Historiker* 'historiador'. (*N. del T.*)

*Reisetagebuch* (Diario de viajes) editado en 1982 por Margot Faak, representa también una fuente imprescindible, pues posibilita examinar, tras la fachada oficial, los medios de coacción de la época a los que estaba sujeto el explorador y averiguar sus auténticas opiniones. Recordemos también a Richard Konezke, fallecido en 1980, decano de la investigación latinoamericana, cuyo artículo "Alexander von Humboldt als Geschichtsschreiber Americas" (Alexander von Humboldt como historiógrafo de América), aparecido en 1959 en la *Historische Zeitschrift*, sigue siendo el reto insuperado del gran tema Humboldt y la historia.

Hay que retroceder hasta el Renacimiento para encontrar un científico que encarne de manera tan ejemplar la unión de las ciencias sociales y naturales: "Alexander von Humboldt, el último hombre universal que heredó la mejor tradición del Renacimiento, logró dominar en distintos grados todas las ciencias naturales y sociales de la primera mitad del siglo XIX, en las que tienen sus raíces directas los conocimientos científicos de nuestro tiempo" (M. S. Wionczek, 1970). Esta unión, en el sentido de una historia natural-humana, pertenece, al parecer, desde el punto de vista de una ciencia altamente especializada, irrevocablemente al pasado. Esta es una cuestión que debería motivarnos a pensar de manera más crítica sobre el balance de beneficios y pérdidas en el terreno de la ciencia en la Edad Moderna. Simón Bolívar calificó a Alexander von Humboldt como el "redescubridor" y con ello, en realidad, como el auténtico descubridor de América; y, en efecto, Humboldt contribuyó como pocos a encontrar las señas de identidad de Latinoamérica. Su obra y su nombre pesan mucho más en Latinoamérica que en Alemania y Europa, donde se le apartó desde hace mucho tiempo de la tarima de la historia (científica). Francisco de Miranda, héroe de la Independencia venezolana, habló de "humboldtización de Latinoamérica (fuente informativa general para la época inmediatamente anterior a la Independencia)"; en México, el nombre de Humboldt se convirtió en el grito de combate de los liberales durante la posindependencia; en la Habana apareció una edición popular del famoso ensayo cubano que estaba en camino de convertirse en *best-seller*. Tanto este ensayo como el trabajo análogo sobre Nueva España (México) se encuentran sólo en reediciones latinoamericanas y francesas: la edición más reciente del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* fue presentado por Juan A. Ortega y Medina en 1966. En Alemania, exceptuando un reducido grupo de "humboldtianos", Alexander von Humboldt comparte, con su hermano Wilhelm, el destino de ser citado mucho pero leído poco; ambos representan un tupido bosque comunal en que se puede talar fácilmente la madera.

La comparación con Cristóbal Colón subyacente en el concepto de "redescubridor de América" se puede aplicar también de otra manera. Colón desencadenó con sus cuatro viajes la ola de los "viajes menores", es decir de los descubridores menores, cuyo gran mérito consistió, gracias a Américo Vespucio, en demostrar la continentalidad de América. Humboldt influyó de manera parecida: sus huellas fueron seguidas por numerosos naturalistas que exploraron, en especial, América del Sur y que la introdujeron de forma nueva en la conciencia europea. Hasta bien entrado el siglo XIX estaba América del Sur mejor explorada que el Norte del continente o África. Los motivos económicos desempeñarían en ello un papel determinante, por lo que también aparecen, ante todo en el debate actual sobre el "Quinto Centenario" (Latinoamérica 1492-1992), críticas de hasta qué punto el interés explorador científico pudo haber favorecido los propósitos de la expansión económica y la recolonización indirecta por potencias extranjeras que siguió a la Independencia, o incluso haber estado a su servicio de manera directa. Es suficientemente conocido que Humboldt repartió sus innumerables cartas de recomendación a "justos e injustos" (Kurt R. Biermann). La aportación de Humboldt a la identificación de las señas de identidad de Latinoamérica (dicho de forma más precisa, de México, Venezuela y Colombia) benefició, en primer lugar, a la clase criolla, que se convirtió en soporte del estado poscolonial, al mismo tiempo que excluyó de forma colonialista a las capas indomestizas de toda participación en el poder público, consolidando con ello el dualismo social que persiste hasta la actualidad. La pregunta fundamental: "¿En qué consiste, pues, nuestra identidad latinoamericana?" (H. Poniatowska) se discute hoy más que nunca. Sin embargo, continúa siendo incuestionable que a Alexander von Humboldt le corresponde una posición clave en aquel proceso largo y contradictorio "del descubrimiento al descubrimiento" (H. Dussel) de la identidad histórica de Latinoamérica. Simón Bolívar, el libertador político, y Alexander von Humboldt, el redescubridor científico, entran en estrecho contacto tras su primer encuentro, todavía muy exótico, en 1804 en París. Desgraciadamente los testimonios de esta histórica relación, como contestó Kurt R. Biermann en 1973 en un informe, ha sido, hasta ahora, imposible hallarlos; con ello nos falta todavía una fuente decisiva de la historia "interna" de la Independencia, "pues la influencia directa más importante de Humboldt sobre la guerra independentista se ejerció a través de su correspondencia con el Libertador". Los destinos de Humboldt y Bolívar confluyeron en un punto decisivo: el fracasado y mortalmente enfermo Simón Bolívar murió en el camino del exilio europeo, y Humboldt, ya en edad avanzada, pensaba en cómo evadirse de la estrechez política de Europa

marchándose a México. Ambos continentes no pudieron soportar a sus respectivos héroes.

A pesar de toda su lealtad a los principios de 1789 y como entusiasta "tricolor", Humboldt no era un revolucionario, era un hombre de compromisos con la realidad y el poder. El Humboldt "real" y el "oficial" discrepaban bastante a menudo, y con frecuencia el verdadero Humboldt se refugió en la intimidad de sus diarios y en la correspondencia con sus amigos más estrechos. Alexander von Humboldt vivió de manera casi ejemplar (y no sólo para el siglo XIX) un gran capítulo de la contradicción entre el pensamiento y el poder. En contraste con la imagen histórica y social crítica que esbozó Humboldt de Latinoamérica y del sistema colonial español, se abstuvo deliberadamente de hacer cualquier valoración sobre las condiciones sociopolíticas en Rusia en 1829, a raíz de su gran expedición a través del sudoeste del país. Después de todo era más fácil criticar a una potencia secundaria que a una potencia europea de primer orden como Rusia, bajo cuya influencia se encontraba en aquella época la diplomacia prusiana.

Si se habla de "redescubrimiento" de América en el sentido más amplio del concepto, hay que subrayar el mérito de la Ilustración. En realidad nos enfrentamos con una terna de personalidades que, en el siglo XVIII y a principios del siglo XIX, conformaron una nueva imagen de América: la *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* del ex-jesuita Raynal (mencionemos de paso que el autor se retractó de su posición abolicionista bajo el influjo de la Revolución de Haití en 1791) aparecida entre 1770 y 1780, con no menos de 20 ediciones; la *History of America* de William Robertson; y finalmente la crónica de Humboldt, presentada conjuntamente con Aimé Bonpland sobre el viaje a las regiones equinocciales que, a pesar de sus treinta y cuatro tomos, quedó incompleta, además de los *Ensayos* sobre el virreinato de Nueva España y Cuba. Una ojeada a la prensa contemporánea muestra hasta qué extremo influyeron estos tres autores en la nueva imagen europea de América. Especialmente los trabajos de Raynal y Humboldt han demostrado ser hasta hoy fuentes imprescindibles. Lo que, sin embargo, destacó a Humboldt de los otros fue, por una parte, la unión en su persona de las ciencias sociales y naturales, y por otra, sobre todo, el hecho de que Humboldt reflejaba lo visto y lo vivido.

El cambio de época de 1789 influyó de manera decisiva en la visión de Alexander von Humboldt de la historia y la sociedad. Su "simpatía por 1789" se reflejó en muchas de sus críticas; llevó firmemente "las ideas de 1789 en el corazón". La Revolución francesa fue, y siguió siendo para Humboldt, un hito en "el gran proceso de

desarrollo de la humanidad", aunque rechazó la intransigencia del jacobinismo, persistiendo visiblemente en la tradición del absolutismo reformista ilustrado. Georg Forster y Alexander von Humboldt, ambos amigos y de formación intelectual común, simbolizaron en su posterior evolución las alternativas, al final irreconciliables, al desafío de su época. Humboldt intentó combatir, no tanto a través de la acción revolucionaria, como a través de la influencia, pacífica pero decisiva, de su autoridad, "a tanta infamia, irracionalidad y embrutecimiento de la humanidad que acontece en los dos continentes" (es decir, Europa y América). En ello no retrocedió ante el largo camino a través de las instituciones, como demuestran, en parte de manera conmovedora, las *Briefe an das preussische Kultursministerium* (Cartas al Ministerio prusiano de la Cultura) editadas en 1985 por Kurt R. Biermann.

Alexander von Humboldt conocía "la otra cara" de 1789, lo que le hizo distanciarse claramente del entusiasmo por un progreso global. Más bien se puede hablar en el caso de Humboldt de una conciencia del progreso acentuadamente crítica y diferenciada. Que con ello estuviese dando un paso de lo racional a lo irracional, como creía Richard Konetzke, no hace justicia, en mi opinión, ni a su actitud personal ni, sobre todo, a sus testimonios internos. Con sus propias esperanzas en el porvenir, que ya rayan el mundo de la utopía, Humboldt continuó la mejor tradición ilustrada: "Llegará la época en la que la humanidad será libre, pero aún estamos muy alejados de ella".

En sus conferencias sobre el cosmos, que se convirtieron en un acontecimiento social, y en sus incontables esfuerzos por comprometerse de forma práctica (un humanismo de la acción por lo visto excepcional), se hizo patente lo mucho que Humboldt se esforzó por liberar a la ciencias de su fascinación por el saber abstracto. Alexander von Humboldt no pretendía hacer ningún discurso intelectual autosuficiente, desligado de la realidad. No es poco lo que el científico en los umbrales del año 2000 aún puede aprender de Humboldt. Si se comparan las expectativas iniciales de Humboldt y Bonpland en su empresa americana, con los resultados que obtuvieron, entonces salta a la vista cómo la realidad latinoamericana vivida se encargó de que el naturalista fuese secundado de forma cada vez más clara por el historiador y el científico social. Las consideraciones sobre Colón y el descubrimiento de América (3 tomos, 1835-51) se apoyaron todavía en la riqueza documental que encontró en España en la colección de Juan Bautista Muñoz; en cambio sus juicios sobre México y Cuba fueron determinados por la realidad latinoamericana y en el mencionado *Reisetagebuch* se reflejó historia real.

Tanto para el naturalista como para el historiador ("historiógrafo" según sus propias palabras) es característico su

esfuerzo por combinar análisis complejos con un simultáneo respeto por el detalle. Punto de vista (que hoy denominaríamos arqueología, historia económica, social, estructural, de las mentalidades e historia política, que representan en Humboldt un todo extenso), caracterizado por él mismo de forma modesta y reservada como "cuadro político". Distanciándose conscientemente de manera crítica de Leopold von Ranke, Humboldt concebía la historia como la unificación de lo superior y lo inferior; conocía y apreciaba a su contemporáneo Georg Friedrich Wilhelm Hegel, sin aceptar por ello lo existente como la razón realizada. "El testimonio de la Historia" era para Humboldt "el poder establecido en la tierra". Humboldt no podía vislumbrar un final de la historia en el sentido de Hegel. Más bien se puede hablar en Humboldt, a causa de su concepción histórica universal y cosmopolita, de una comprensión histórica abierta. Historia significaba para Alexander von Humboldt progresar hacia la libertad que, indudablemente, no sólo sintió como política y jurídica, sino también como libertad social. No se observa en Humboldt un optimismo histórico indiferenciado de corte liberal: "La historia de las clases más bajas de un pueblo no es más que el relato de los acontecimientos en los que se basa la gran desigualdad de las riquezas, de los disfrutes y de las suertes individuales y que han puesto con ello poco a poco una parte de la nación bajo la tutela y la dependencia de otra". Y añade: "pero buscamos en vano este relato en los anales de la historia. Si conservan la memoria de las grandes revoluciones, de guerras y conquistas y otras plagas que han afectado a la humanidad, pero nos dejan saber poco sobre el destino más o menos lamentable de la clase más pobre y numerosa de la sociedad". Difícilmente se podía definir de manera más clara la distancia intelectual con los historiadores más importantes de su tiempo (Ranke, Treitschke, Droysen, Sybel). Como puso de relieve Konetzke, Humboldt criticaba (de nuevo en una carta) que faltase en el historiador Georg Niebuhr el concepto "de la libertad humana universal; no ha comprendido el afán de libertad de la humanidad en la historia"; y sobre Friedrich Christoph Dahlmann y su idealización de la constitución inglesa dijo: "Pues elevar la Constitución de un pueblo al ideal, significaría perder de vista las necesarias modificaciones de las circunstancias históricas y negar hasta cierto punto el desarrollo peculiar de cada nacionalidad".

El juicio histórico de Humboldt ganó una vez más en precisión bajo el influjo de los resultados de la Revolución francesa de julio, aunque no tenía la más mínima ilusión respecto a la naturaleza burguesa del *juste milieu*: "Desde hace cuarenta años veo cambiar los gobernantes en París, siempre caen por su propia ineptitud y siempre aparecen nuevas promesas en su lugar, pero no se cumplen, y comienza

de nuevo el mismo proceso de destrucción (...) ningún gobierno ha cumplido hasta ahora sus promesas al pueblo, ninguno ha subordinado su egolatría al bien común (...) todavía se engañó a la nación y será engañada de nuevo. Entonces se castigará también de nuevo la mentira y el engaño, pues es lo suficientemente fuerte y madura para ello". En esta carta a Varnhagen von Ense vió Humboldt la historia de Francia "à merced de canallas cada vez más grandes". Sin embargo, como muestra la referencia a la fuerza y madurez de la nación francesa (para Humboldt claramente aún el baluarte de las ideas de 1789), no se entregó a un pesimismo histórico; su fe en el progreso de la humanidad permaneció, finalmente, y a pesar de todo, inquebrantable.

Tres problemas son, especialmente, característicos en la imagen latinoamericana de Humboldt:

1. El juicio crítico sobre el colonialismo.
2. La actitud positiva respecto a la Independencia de Latinoamérica.
3. La posición radicalmente abolicionista en el problema esclavista.

Una fuente excepcional para la comprensión de la actitud fundamentalmente crítica respecto a lo colonial de Alexander von Humboldt son sus juicios formulados en las anotaciones personales de su diario de viajes. Se trata no sólo de observaciones y opiniones científicas *in situ*, sino también de explicaciones detalladas, insertadas en el texto. Entre ellas se hallan pasajes que atestiguan "una condena sistemática del sistema colonial" (Margot Faak). El diario del 4 de enero al 17 de febrero de 1804 contiene una discusión autónoma del tema "Colonias". Humboldt constata que la idea de colonia "es por sí misma una idea inmoral, esta idea de un país que está obligado a pagar tributos a otro (...) Cuanto más grandes son las colonias, cuanto más consecuentes son los gobiernos europeos en su maldad política, tanto más enérgicamente tiene que multiplicarse la inmoralidad de las colonias." Con un claro deje de amargura sigue en esta disgresión de dos páginas: "Discutir sobre qué nación trata a los negros con más humanidad, significa burlarse de la palabra humanidad, y preguntar si es más agradable dejarse destripar o humillar, significa preguntar si los españoles han practicado más crueldades en América que los ingleses y franceses en las Indias Orientales". En una historia de la crítica del colonialismo europeo le corresponde a Alexander von Humboldt un capítulo propio. El que no pudiera hacer pública una crítica de esta mordacidad, y tuviera que recurrir una y otra vez a comentarios indirectos, restrictivos y concesivos, se debe menos a él que al espíritu

de la Restauración. Incontables testimonios de su correspondencia informan de lo mucho que debió sufrir Humboldt por ello.

Aparentemente influenciado por su estrecha amistad con Bolívar, Humboldt celebró incondicionalmente la revolución independentista. Con esta actitud se opuso abiertamente a la política legitimista de la Santa Alianza. El ministro de asuntos exteriores francés, Chateaubriand, ya vio caer a los monarcas europeos con el triunfo de la revolución en Latinoamérica; en este mismo sentido advirtió Cevallos, el enviado de España en Viena, que la revolución de América sería la revolución de Europa. ¿Amenazaban regresar los principios de 1789 a Europa a través de Latinoamérica? Después de todo se rebelaron paralelamente a Latinoamérica nada menos que cuatro países desde 1820-21: España, Portugal, Italia y Grecia; finalmente llegó el eco revolucionario incluso a Rusia (insurrección decembrista del año 1825). El príncipe Metternich dirigió al soberano de Brasil que accedió al trono de manera "ilegítima", Don Pedro II, la enérgica advertencia de: *Ne jacobinesez pas*.

Libre de todas las preocupaciones legitimistas de las potencias de la Restauración y en plena consonancia con sus simpatías por 1789, incluye Humboldt la Independencia americana en el ciclo "de las grandes revoluciones, que de cuando en cuando ponen en marcha al genero humano". Aparte de eso, era para Humboldt lo más natural que la América española se organizase en Repúblicas independientes y a las monarquías "importadas" no les dio ninguna oportunidad. ¿Conocería los proyectos diplomáticos de privar a la Independencia de su radicalización revolucionaria mediante el trasplante de soberanías europeas, por ejemplo borbónicas, y conseguir con ello su "legitimación" conservadora?

Humboldt ya había abordado también el problema de la "revolución prematura" tan ampliamente discutido en la historiografía posterior. "Se oye afirmar una y otra vez que los hispanoamericanos aún no han progresado lo suficiente en la cultura para merecer unas instituciones libres. No hace mucho [es decir, en 1775 o 1789], eso mismo se decía de otros pueblos, mas en éstos la civilización ya debería haber progresado demasiado". El reconocimiento de la justificación histórica de la Independencia no indujo a Humboldt a menospreciar las extremas dificultades internas del desarrollo de los nuevos Estados. El entusiasmo tercermundista (tal como se formula actualmente) en vista de los problemas de la transformación política y social, le era desconocido. Humboldt reconoció claramente el principal problema de la Independencia, o sea la discrepancia de los intereses entre la hegemonía criolla y las clases populares. Humboldt habló "de las pocas familias que en cada comunidad forman, gracias a sus

riquezas heredadas, o gracias a su larga permanencia en las colonias, una verdadera aristocracia urbana. Prefieren renunciar a ciertos derechos antes que compartirlos con todos. Sí, preferirían una dominación extranjera antes que un gobierno en manos de los americanos que están por debajo de su rango. Aborrecen toda Constitución basada en la igualdad de los derechos". La actual investigación de historia social en México, Estados Unidos y otros países sobre el comportamiento de las élites durante la Revolución independentista ha confirmado entretanto, de forma pormenorizada, las observaciones de Humboldt realizadas sobre el terreno. Tampoco compartió Humboldt el síndrome haitiano, muy presente, incluso, en Simón Bolívar, ni el consiguiente miedo a una "pardocracia" o, para decirlo una vez más con las propias palabras de Humboldt, el "terror de los blancos y libres (...) a los muchos negros e indios". El modo violento y cruel con que se había efectuado la revolución en Haití entre 1790 y 1804, lo atribuyó al fracaso de la potencia colonial: "la terrible catástrofe de Santo Domingo es sólo consecuencia de soberanos incomprensivos". Cuando Francia reconoció diplomáticamente, en 1825, bajo el gobierno ultra de Carlos X, a Haití, aquello fue para Humboldt "un acontecimiento tan significativo como feliz". Semejante juicio se sitúa más allá de la opinión pública "general"; sí, Humboldt fue incluso tan lejos que vio en el Haití libre el embrión de una "federación africana de los Estados libres de las Antillas".

Dos aspectos más que ponen de manifiesto el rigor del criterio histórico de Humboldt sobre la Independencia, son la cuestión indígena y el problema dictatorial. Para él, el "resultado principal" de su trabajo consistía en el reconocimiento "de que la suerte de los blancos está íntimamente ligada a la de la raza cobriza, y que no habrá en las dos (!) Américas de ningún modo una felicidad perdurable hasta que esta raza, sin duda humillada por su larga opresión, pero no vencida, comparta todas las ventajas que resultan de los progresos de la civilización y de los perfeccionamientos de la organización social." La Independencia ha fracasado en esta tarea, y la afirmación profética no se ha cumplido hasta el presente. Con ello aún no ha llegado para Latinoamérica, como comprobó recientemente el politólogo mexicano Agustín Cuevas, el "fin de la historia".

Alexander von Humboldt, que manifestó su simpatía por los principios de 1789, pero en modo alguno por el robespierrismo, no compartió seguramente la tesis de Karl Marx de que toda situación estatal provisional tras una revolución necesita una dictadura y "sin duda alguna, una enérgica". Aun así sorprende el realismo histórico con que Humboldt juzgó durante y después de la Independencia, el especialmente virulento problema dictatorial de la Independencia y de

las épocas posteriores. No se le ocurrió nunca adoptar criterios eurocéntricos. Para la "gran centralización de la administración pública" había razones objetivas, sobre todo la guerra contra la potencia colonial. "Todo cambio será peligroso, mientras aún existan enemigos exteriores". Naturalmente Humboldt conocía la contradicción interna que se estaba gestando, y los peligros de una deformación duradera de las estructuras políticas; subrayó que las formas "que para la defensa [de una revolución] pueden aparecer como las más apropiadas" de ningún modo "corresponden siempre al fomento de la libertad individual y del desarrollo del bienestar público". Dicho en términos actuales: Humboldt conocía las dificultades de la constitución de una "*società civile*" (A. Gramsci) en Latinoamérica. "El verdadero momento crítico es aquél en el que se ha dado de una vez la posibilidad a los pueblos largamente subyugados de organizar su vida según lo que necesiten para su bienestar". Con ello señaló Humboldt, yendo más allá de la Independencia, el principal dilema de casi todas las revoluciones de los tiempos modernos. "La historia enseña finalmente también que ante esta dificultad, cuando esta misma no se pudo eliminar de manera prudente y sensata, se encontró más de una vez el obstáculo ante el cual fracasaron la razón y la disposición de los pueblos". ¡Qué cierto!

Aún queda mucho por descubrir de la interpretación que hace Humboldt de la Independencia. En el artículo citado de 1973, Kurt R. Biermann ha llamado la atención sobre un *desideratum* "que precisamente hoy es de gran actualidad". En particular pensaba Biermann (como ya se ha señalado) en el descubrimiento de la (todavía) desaparecida correspondencia de Humboldt con Bolívar. En este sentido nos remite Biermann también al (desconocido) memorándum sobre la situación en Latinoamérica que Humboldt redactó en 1818, con motivo del Congreso de Aquisgrán de la Santa Alianza, y dirigido a las potencias aliadas. Aquí se condensan toda una serie de preguntas:

1) ¿Qué relación tiene este memorándum con respecto a la iniciativa que Wilhelm von Humboldt, en calidad de embajador de Prusia en Londres, emprendió casi al mismo tiempo para el reconocimiento de los territorios insurrectos, es decir, en un momento en que la Revolución latinoamericana aún no había alcanzado su posterior dimensión internacional?

2) España se esforzó en vano para incluir en el orden del día de Aquisgrán en 1818 la "cuestión sudamericana" y protestó ante la supuesta presencia de agentes diplomáticos de Simón Bolívar, lo cual fue rechazado por Metternich como una alucinación de la camarilla madrileña.

3) Se recurrió a Humboldt para la elaboración del memorándum que el ministro prusiano de asuntos exteriores confeccionó (25 de septiembre de 1817) para el canciller Hardenburg sobre los *démelés avec ses colonies* de España y en el cual, sin duda, y en relación con la revolución norteamericana, se comprobó que España no estaría en situación de vencer militarmente a los rebeldes que lucharían con "entusiasmo, fanatismo y desesperación". Prusia, en cambio, apostaba, de manera análoga a Austria e Inglaterra, por el compromiso político con la aristocracia criolla y criticaba por ello la negativa española a hacer concesiones: "No se puede ofrecer a los insurrectos lo que ya tienen".

4) ¿Hasta qué punto influyó la opinión de Humboldt en el hecho de que las potencias aliadas se pronunciasen al final claramente contra una intervención militar junto a España en Latinoamérica, frente a todos los planes intervencionistas divulgados continuamente por la historiografía y que incluso Simón Bolívar consideró posibles?

En lo que se refiere a la postura de Humboldt respecto a la esclavitud y su inequívoca posición abolicionista, se ponen éstas de manifiesto tanto en su correspondencia, como sobre todo en su *Versuch über den politischen Zustand der Insel Cuba* (Ensayo sobre la situación política de la isla de Cuba). En una carta dirigida al antiguo político y periodista del 48 Carl Ferdinand Julius Fröbel, escribió Humboldt: "Continúe denunciando la vergonzosa predilección por la esclavitud, los fraudes de la importación de negros que supuestamente van a quedar libres (un medio que alienta a las cacerías de negros en el interior de Africa). ¡Qué atrocidades hay que ver, si se ha tenido la desgracia de vivir entre 1789 (!) y 1859!" Fröbel presenció en sus años de emigrante en los Estados Unidos la esclavitud en la práctica.

Humboldt colocaba la liberación de los esclavos y de los indios al mismo nivel que la emancipación de los judíos, que él mismo defendía; y se negó a "disculpar la crueldad del asunto mediante oportunas ficciones" en vista de los muchos apologistas literarios. Cuando en el año 1856 en los Estados Unidos el recién creado partido republicano fue derrotado por el de los esclavistas, escribió Humboldt, lleno de indignación: "Ha ganado el infame partido que vende niños negros de cincuenta libras, (...) que manifiesta que todos los trabajadores blancos también serían mejor esclavos que libres, ¡qué crimen!" Al mismo tiempo aparecía la edición norteamericana del ensayo sobre Cuba, pero significativamente sin el capítulo séptimo con las consideraciones allí incluidas sobre la esclavitud. Como "firme defensor de la libertad de opinión tanto de palabra como por escrito",

protestó decididamente contra la amputación de su obra: "¡Concedo a esta parte de mis escritos mayor importancia que a los fatigosos trabajos de las determinaciones astronómicas de los emplazamientos, los experimentos sobre la intensidad magnética o las indicaciones estadísticas!" El naturalista retrocedió en esta polémica ante el historiador político comprometido moralmente. Supuso para Alexander von Humboldt una satisfacción tardía el que Prusia promulgara en 1857 una ley según la cual "todo negro quedará en libertad, en cuanto pise suelo prusiano"; este paso fue para él un signo alentador en una época "en que bajo el pretexto del trabajo libre favorece Francia por una parte, y Norteamérica por otra, de la forma más vil la captura de esclavos".

Cabe destacar de nuevo, que el compromiso de Humboldt con la solución del problema esclavista e indígena, a través del juicio histórico, de la convicción moral y de la experiencia práctica, no cayó en ninguna idealización en el sentido de la concepción ilustrada del *bon sauvage*. Sus juicios sobre los usos, las costumbres, la mentalidad y el desarrollo cultural de los aborígenes africanos resultan absolutamente críticos: "El salvaje del Orinoco nos parecía tan repulsivo como el salvaje del Misisipi". El ideal de progreso de Humboldt fue, sin duda, el modelo civilizador europeo, a pesar de su doble cara; también compartía una notable concepción teleológica del progreso. El carácter del individualismo europeo influyó también en su interpretación histórica de las culturales precoloniales de América. Humboldt equiparó el reino inca con China sobre todo desde el criterio de la "vida mecánica". No obstante, no se le ocurrió localizar fuera de Europa pueblos sin historia como Hegel. En las reflexiones de Hegel en *Die Vernunft in der Geschichte* (La razón en la historia) se dice casi forzosamente de manera apodíctica: "De América y su cultura, como se había desarrollado ante todo en México y Perú, tenemos noticias, pero sólo aquellas de que la misma era muy natural, que tenía que hundirse en cuanto se le acercase la civilización". Los conquistadores como los caballeros de la civilización. Humboldt trata de forma totalmente diferente la rehabilitación histórica de los indígenas americanos, los "antiguos señores legítimos del país". Bajo este punto de vista le corresponde un lugar en la historia del indigenismo. De la cultura americana precolonial esbozó Humboldt imágenes poéticas de grandeza clásica. Cuando Biermann señala la excepcional calidad literaria de los textos de Humboldt, no es eso sólo válido para las realmente brillantes descripciones de la naturaleza que aún hoy cautivan al lector, sino también para la herencia precolonial de América, de la cual (como sabemos ya) sus obras han transmitido más que "noticias". Se ha dejado a nuestra imaginación qué imagen hubiese esbozado

Humboldt de la historia y cultura de los indígenas, si se le hubiera permitido escribir la proyectada biografía sobre Tupac Amaru, el líder del levantamiento campesino más grande de la historia de la América colonial. Por desgracia se quedó el proyecto sólo en una idea, como muchos otros en la vida de Humboldt.

Humboldt habría admitido difícilmente el concepto de "tercer mundo" para Latinoamérica. Más bien confiaba en la "competición por la civilización entre Europa y el continente emancipado". Pero de esta esperanza, nacida de su fe en la indivisibilidad del progreso civilizador, derivó una heroica ilusión. Latinoamérica quedó en los decenios posteriores a la Independencia a merced de una recolonización indirecta. Pero incluso a este respecto le asaltaban enseguida a Alexander von Humboldt sospechas cuando dudaba si México podría mantenerse firme ante el expansionismo de los dinámicos Estados Unidos.

**MANFRED KOSSOK**

*Universidad de Leipzig*

**Resumen:** *El autor valora la figura de A. von Humboldt como "descubridor" intelectual de la América latina a principios del siglo XIX. Se señalan las raíces ideológicas del esquema histórico que Humboldt aplicó en su análisis del continente, y se reconoce su independencia de criterio en cuestiones como la del esclavismo, y el idealismo político de que hizo gala.*

**Summary:** *The author rates the figure of A. von Humboldt as the intellectual "discoverer" of Latin America at the beginning of the last century. Kossok distinguishes the ideological roots of the historical scheme applied by Humboldt to analyze that continent and he underlines the political idealism of A. von Humboldt and his independent point of view regarding some questions as the slavery one.*

Traducción de Cornelia van Bleijswijk.

